



## Saludo jubilar por los 90 años de presencia claretiana en Puerto Rico

Queridos hermanos Misioneros Claretianos  
y querida Familia Claretiana de Puerto Rico:

Con profunda alegría y espíritu de acción de gracias me uno a ustedes para celebrar los **90 años de presencia claretiana en Puerto Rico**. Al contemplar este camino, reconocemos con humildad y asombro cómo Dios ha ido conduciendo la historia de la misión a través de deseos sembrados, cierres dolorosos, expulsiones inesperadas y recomienzos fecundos. Nada fue lineal; todo estuvo, sin embargo, sostenido por su fidelidad.

La presencia claretiana en Puerto Rico tiene raíces profundas en la **figura de san Antonio María Claret**. Aunque nunca estuvo físicamente en la isla, como arzobispo de Santiago de Cuba y metropolitano de las diócesis foráneas, sirvió a esta Iglesia con lucidez y firmeza pastoral en un momento de grave dificultad y cisma, poniendo su carisma al servicio de la comunión y la unidad eclesial. Así, antes incluso de la llegada de los misioneros, el espíritu de Claret ya había tocado esta tierra.

Este sueño claretiano se expresó de modo explícito en **1882**, cuando el entonces Padre General José Xifré deseó fundar una comunidad claretiana en Puerto Rico, visitó la isla y alentó ese proyecto con esperanza. Aunque no pudo realizarse por el llamado de la Congregación a las misiones en Guinea Ecuatorial, aquel deseo quedó sembrado como profecía misionera, a la espera del tiempo de Dios.

Décadas más tarde, ese anhelo comenzó a germinar gracias a la audacia de algunos claretianos que, desde años antes de **1936**, viajaban a Puerto Rico para evangelizar. Aquellas presencias itinerantes, sencillas y perseverantes, prepararon el terreno para la constitución de una comunidad estable, marcada desde el inicio por la cercanía a la gente, la sencillez pastoral y un profundo amor al pueblo confiado.

La conformación de la primera comunidad estuvo atravesada por una paradoja providencial. El cierre del Seminario de San Miguel en El Salvador —donde se formó san Óscar Arnulfo Romero— dejó disponibles a varios misioneros que pudieron responder a las necesidades de la Iglesia en Puerto Rico. Así, una obra que se cerraba dio paso al nacimiento de otra, con el apoyo decidido de obispos puertorriqueños formados por los claretianos, que supieron reconocer el valor del carisma y abrirle camino en la isla.

La historia conoció también momentos de verdadera prueba. En **1951**, debido a la dolorosa escasez de personal, los claretianos tuvimos que abandonar nuestra presencia en Puerto Rico. Durante diez años no hubo comunidad claretiana en la isla, y todo parecía indicar que aquel sueño largamente gestado había llegado a su fin.

Pero una vez más, Dios volvió a sorprendernos. En **1961**, los misioneros claretianos expulsados de la República Dominicana encontraron en Puerto Rico un lugar donde recomenzar la misión. De aquella experiencia de desarraigo nació una etapa nueva, más sólida y vigorosa, marcada por

una profunda inserción en la vida del pueblo, por la cercanía pastoral y por el gran amor recíproco entre los fieles y sus pastores.

Con el paso del tiempo, este arraigo dio un fruto especialmente elocuente: el surgimiento de **vocaciones claretianas nativas**, signo claro de que el carisma se había encarnado en tierras puertorriqueñas. La misión dejó de ser solo presencia enviada para convertirse también en vocación nacida del propio pueblo.

Desde sus inicios, la presencia claretiana en Puerto Rico ha estado marcada por una rica **interculturalidad**: misioneros llegados de diversos países, experiencia que hoy se expresa en la **Delegación de Antillas**, integrada por Puerto Rico, Cuba, Haití y la República Dominicana. Sois una verdadera parábola de comunión en un mundo que con frecuencia favorece la exclusión.

Mirando hacia el futuro, somos conscientes de que la misión sigue enfrentando desafíos. El cierre de una obra tan querida como la **Academia Claret** nos ha dolido profundamente, pero lo acogemos con fe, convencidos de que Dios continúa guiando esta historia.

Tal como habéis discernido en la **IX Asamblea de la Delegación de Antillas**, soñamos con un profundo arraigo espiritual en Cristo y con una audacia misionera que nos impulse a salir al encuentro de los más pobres y necesitados, allí donde el Evangelio sigue reclamando cercanía, palabra y esperanza.

Deseo expresar un sincero agradecimiento a los **tantos laicos y laicas** que comparten la misión con nosotros, por el testimonio coherente de su fe, su compromiso generoso y la cercanía con la que acompañan nuestra vida y servicio misionero. Su presencia es un signo elocuente de una Iglesia que camina unida y de un carisma que se hace fecundo cuando es compartido.

Que este **Año Jubilar** sea tiempo de memoria agradecida y de renovada disponibilidad misionera. Confiamos este camino al **Corazón de María**, Madre y Formadora de misioneros, y a la **Virgen de la Providencia**, Patrona del pueblo puertorriqueño. Que la intercesión de **san Antonio María Claret** y el testimonio fiel de los **Mártires Claretianos** nos sostengan y animen en la misión que hoy se nos confía.

*In Corde Matris,*



**P. Mathew Vattamattam, CMF**  
Superor General



Roma, 1 de febrero de 2026  
Memoria de los Beatos Mártires Claretianos